

El nuevo gobierno: ¿un futuro diferente?

EDUARDO BALLÓN E.¹

El gobierno que se instala el próximo 28 de julio lo hará en un escenario difícil y complejo. Recibirá un país con una situación macroeconómica buena, encontrará un ambiente internacional relativamente favorable y una opinión pública, a juzgar por una reciente encuesta en Lima y Callao,² que muestra esperanzas altas en el nuevo gobierno: 60 por ciento cree que será algo o mucho mejor que la gestión que concluye, 26 por ciento piensa que será igual o algo peor y solo 3 por ciento teme que resultará mucho peor. Pero también encontrará una sociedad en la que se constata una alta conflictividad social y un significativo embalse de expectativas y demandas sociales; una ciudadanía que con su voto ha expresado su exigencia de cambios radicales; fuerzas políticas y económicas que presionarán para más de lo mismo porque se sienten ganadoras; y una oposición política y social definida, hasta ahora desordenada e incierta, que pugnará por cambios importantes.

En este contexto, la pregunta que surge es acerca de la capacidad del Apra para manejar un escenario de esta naturaleza y cumplir con sus compromisos electorales. Máxime cuando el partido de Alfonso Ugarte y el propio Presidente electo cargan con el peso de una gestión anterior de ingrata recordación, tema este que vienen evocando últimamente los mismos periodistas que alentaron el «todos contra Humala» al que asistimos entre abril y junio.

LA DINÁMICA INTERNA DEL PAP Y LOS RESULTADOS ELECTORALES

Durante los últimos cinco años, el Apra —que contaba con 28 congresistas, 12 presidentes regionales y 235 alcaldes, y era, por lo tanto, la principal fuerza opositora— intentó, bajo el liderazgo indiscutido de Alan García, su modernización y nuevo lanzamiento, que de acuerdo a sus decisiones internas debió expresarse en un nuevo programa mínimo, la adecuación de la estructura organizativa y la democratización integral del partido. Diversos eventos de la agrupación de Alfonso Ugarte en este periodo avanzaron en esa perspectiva. El proceso de renovación e institucionalización del partido, si bien cambió su estructura organizativa y ratificó su presencia territorial, fue incapaz de elegir, como estaba previsto y anunciado, un secretario(a) general.

Los conflictos internos, que no pudieron ser ocultados a la prensa en su momento, así como la competencia por un liderazgo distinto al de García, terminaron con la designación de un colectivo que frenó los intereses, seguramente legítimos, de Jorge del Castillo, Mercedes Cabanillas y Mauricio Mulder, entre otros. La presidencia indiscutida e indiscutible del ex Presidente, sin nadie que le haga sombra, fue el costo de una decisión que se tomó para evitar tensiones mayores en Alfonso Ugarte, y también el reconocimiento de la gran distancia que existe entre Alan y los otros dirigentes apristas. Debilidad esta que es visible desde la década de 1980 y que generó sordos conflictos en su primer gobierno.

La modernización programática no avanzó mucho tampoco. El partido no mostró a lo largo de estos cinco años ofertas particulares para el país, y su esfuerzo, antes que en desarrollar propuestas para los temas centrales, estuvo concentrado en mantener y ampliar las posiciones de poder ocupadas. La indefinición fue una constante. La prédica aprista de 2001, que tenía entre sus banderas centrales el control del abuso de los monopolios, la reconstrucción de la agricultura y la administración de justicia, fue languideciendo en la gestión parlamentaria.

Sin embargo, entre 2001 y 2006, con estas dificultades, el Apra mantuvo estable la adhesión de su militancia y, simultáneamente, aceitó su maquinaria electoral para superar el fuerte rechazo que generaba en amplios sectores de la población. Aunque en la primera vuelta obtuvo un porcentaje menor al de 2001, 24 por ciento frente a 26 por ciento, fue suficiente para pasar a la segunda ronda y obtener el gobierno nacional, mostrando una

vez más su experiencia en la materia. A pesar de ser minoría en el Congreso y de no obtener representantes en cinco departamentos (Madre de Dios, Apurímac, Ayacucho, Huancavelica y Huánuco), 47 por ciento de sus parlamentarios fueron reelegidos, asegurando la presencia de «cuadros» fogueados en un espacio que tendrá 76 por ciento de debutantes, lo que les otorga una ventaja importante.

En otras palabras, su capacidad en las contiendas electorales, aunque algo deteriorada, pesó más que sus debilidades programáticas, evidenciadas en el pobre debate entre los representantes de las comisiones de Plan de Gobierno. No obstante, aquella no basta para hacer un buen gobierno, que supone, entre otras cosas, propuestas y orientaciones claras, técnicos calificados, organización y presencia nacional en la sociedad.

LOS DESAFÍOS INMEDIATOS DEL NUEVO GOBIERNO

A pocos días de asumir el gobierno, el Apra tiene tres desafíos de corto plazo: (i) cambiar un mapa político que les es desfavorable en las zonas más pobres del país a cinco meses de las elecciones regionales y municipales; (ii) asegurar la relación entre el Ejecutivo y el Congreso; y, (iii) constituir un gobierno que demuestre apertura y voluntad de cambio.

A pesar del fracaso relativo en su intento de modernización y democratización del partido, en tanto no supuso el cuestionamiento de su liderazgo sino todo lo contrario, García demostró que sigue siendo el político tradicional que mejor entiende lo que está ocurriendo en el país. En la primera vuelta logró el escenario electoral que le convenía más, ubicándose al centro, equidistante de la derecha, a la que asoció fácilmente con los ricos, y del «desborde» radical, que vinculó con Ollanta Humala. En la segunda, evitó el abrazo de oso formal que le proponía la derecha y, simultáneamente, aprovechó los miedos y temores que marcaron los comicios como nunca antes en nuestra historia.

Como lo insinuara ya entre la primera y la segunda vuelta, el ex Presidente tiene claro que su desafío inmediato será romper los que parecen ser, a juzgar por los resultados electorales, los bastiones del humalismo: la sierra sur y los departamentos más pobres en general. Ello lo obligará, previsiblemente, a tener una iniciativa social muy visible y a hacer gestos de valor simbólico que no le son para nada ajenos. El problema es que en simultáneo deberá ratificar su compromiso con una política económica que ha contribuido decididamente a la situación de exclusión y pobreza que caracteriza a tales regiones.

En consecuencia, desde un primer momento su futuro gobierno puede verse asediado por quienes lo acusarán de populista y por aquellos que reclamarán por las expectativas alimentadas en la campaña electoral. La aprobación por el Congreso que concluye, con el voto aprista, del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos es un buen ejemplo de lo que afirmamos. Mientras duró la campaña, el entonces candidato se opuso a dicha aprobación, pero el Presidente electo no hizo aspavientos, quizá percatándose de que 66 por ciento de los limeños y chalacos estaban de acuerdo con su suscripción.³

García y el Apra saben bien que su gobierno se iniciará sin posibilidad de mayor acuerdo político, lo que les plantea el reto de cómo gestionar el Congreso. Recordemos que ni Ollanta Humala, con quien inicialmente se acordó una reunión, ni Lourdes Flores visitaron al candidato vencedor. Sin embargo, la experiencia de la bancada de Alfonso Ugarte los llevará a ir construyendo mayorías «móviles» según los temas que surjan, lo que les puede dar mayor capacidad de negociación en un parlamento en el que son minoría, a diferencia de su anterior gobierno.

La conformación de un gobierno relativamente plural parece un asunto menos complejo. Hay varios interesados en integrarlo, y de distintas orientaciones. Pero la disposición del partido a incorporarlos es un tema diferente que está por verse. Un gabinete dialogante puede facilitarle capacidad de maniobra al viejo partido de Haya de la Torre, aunque no resuelve el tema de su futura orientación.

¿UN FUTURO DIFERENTE O MÁS DE LO MISMO?

Así las cosas, cabe preguntarse si el futuro gobierno hará una gestión diferente. Su

comportamiento frente al TLC, así como la reciente iniciativa de uno de sus congresistas para judicializar el conflicto social, no van precisamente en esa dirección. La preocupación que muestran algunos de sus voceros por la sorprendente popularidad de última hora del presidente Toledo tampoco ayuda y suena a más de lo mismo.

Es temprano, sin embargo, para descalificar al nuevo gobierno, que recién empezará a tomar decisiones una vez instalado. Los anuncios del primer discurso del nuevo Presidente posiblemente aclararán algunas de sus orientaciones. La composición del gabinete dará mayores pistas. A juzgar por la encuesta citada, las expectativas ciudadanas parecen altas pero están claramente asociadas a la posibilidad de un cambio real en el país, cambio que implica modificaciones significativas en la política económica y en la política social como condición para un futuro diferente. Y sobre ellas es muy poco lo que ha dicho hasta ahora el partido del gobierno entrante. ■

1 Responsable de Comunicación y Difusión del Grupo Propuesta Ciudadana.

2 Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto de Opinión Pública, *Reporte n.º 7*, Lima, junio de 2006.

3 *Ibíd.*